

EL HOMBRE DE LAS 20.000 CITAS DE AMOR



SINATRA

DIA Y NOCHE

Por KURT SINGER

IV
Y ULTIMO **SU SEGUNDA
CARRERA
TRIUNFAL**

LA noche del 19 de marzo de 1960, en el hotel de moda de Miami Beach, el Fontainebleau, Frank ocupa con su amigo Peter Lawford la suite más suntuosa. Sinatra organiza una fiesta monumental. A la entrada, los invitados pueden leer un cartel que dice: «Estas puertas son atravesadas por las mujeres más bellas del mundo».

SIGUE



Lauren Bacall, Dean Martin, Debbie Reynolds y Eddie Fisher, buenos amigos de Sinatra. En especial, la ex señora Bogart, con quien se dijo que iba a casarse.



El Clan, que exige a sus miembros un código de lealtad, «entró en la política» via Peter Lawford, casado con Pat Kennedy, una de las hermanas del Presidente.

SINATRA

Sammy Davis y Dean Martin están allí, en medio de un enjambre de bellezas, de las más curiosas y originales de Miami. Una fauna extraña, en verdad. Un cronista escribe: «Si a alguien se le ocurriera la idea de tocar un silbato, la mitad de tan deslumbrante mundo desaparecería inmediatamente.»

Hacia las cuatro de la mañana, todos los invitados se han ido excepto dos hombres y dos rubias.

—¡Estupendo! —grita Frank—. Nos ha llegado el momento de divertirnos.

Una de las rubias, baja y menuda, empieza a bailar dócilmente, pero la otra frunce el ceño, cierra un ojo y grita:

—¡Entrate, grandísimo sinvergüenza! Porque ganas todo el dinero del mundo te crees que puedes decir y hacer todo lo que quieras. Pues bien: ¡adiós!

Corre al dormitorio a recoger sus cosas. Sinatra la sigue con aire picaro. Se oye un ruido ensordecedor. Los demás corren a ver qué ha pasado. Encuentran a la chica sobre el dueño de la casa aporreándole el cráneo con el tacón del zapato, mientras él se parte de risa. Retiran a la rubia amazónica y Frank se tiente la cabeza. Pasa los dedos antes sus ojos y ve que están llenos de sangre. Es hospitalizado a toda prisa y le dan cuatro puntos de sutura.

—¿Cuál es el título de la película que rueda en Miami? —le pregunta el médico que le ha atendido.

—«Un agujero en la cabeza» —gime el herido.

¿quién sucederá a ava?

Durante todos esos años en que el alegre don Juan cambia constantemente de compañera, las chismosas, las casamenteras y los agentes de prensa están desconcertados: ¿Quién sucederá a Ava Gardner? Cuando se le ve salir varias veces con la viuda de Humphrey Bogart,

todos los murmuradores suspiran con alivio: el suspense ha terminado al fin. Les parece lógico y fatal que «la Voz» haya sido cautivada por «los Ojos».

Lauren Bacall tiene el prestigio de ser la mujer que ha sabido domar a Humphrey Bogart, convirtiéndolo en animal doméstico al duro de la pantalla. Bajo su influencia, «Bogey» se ha hecho tan suave como el whisky que tanto le gustaba beber. Sólo ella podría, casándose con Frank Sinatra, resolver un problema todavía más arduo: «suavizar el alcohol puro».

Corre, incluso, el rumor de que un sacerdote les ha unido secretamente en una pequeña iglesia. Los periodistas se precipitan hacia su casa para pedirle una confirmación o un desmentido.



Sinatra vino a Madrid y todo el mundo especuló sobre su posible conciliación con Ava. Pero no hubo nada de eso. Frankie comió con ella y volvió a marcharse. Mientras, se resistió a la curiosidad de fotógrafos y periodistas madrileños.

—Sin comentarios —lanza el desdenosamente.

Una vez sólo descuelga su teléfono y llama a Lauren Bacall para preguntarle dónde diablos puede haberse forjado tal historia. La «Madre» del clan de las Ratas de Holmby Hills tartamudea:

—Es un montón de exageraciones.

Respuesta muy prudente. Cabe sospechar que habló con demasiada complacencia de su amistad o que sostuvo el equívoco.

Frank no tiene ningunas ganas de dejarse echar la argolla al cuello. Sus amigos dicen: «No ha sido nada serio. Es sencillamente amable con ella, en recuerdo de su amistad con Bogey.»

Entonces se le atribuye un nuevo proyecto de boda. En Hollywood sale frecuentemente en compañía de una inglesa divorciada de un diputado de California, lady Beatty. Y cuando, a petición de la familia real británica, se traslada a Londres para ser maestro de ceremonias en el estreno de gala de «Yo y el coronel», la bella lady vuelve a reunirse con él. Hay comentarios maliciosos, porque Frank se ha hecho instalar una cama gigantesca en el hotel en que reside en Londres...

«Jamás se vio una cama tan grande para un hombre tan menudo y tan poco dispuesto al sueño», dicen las malas lenguas. El cantante hace oídos sordos y sigue saliendo con su lady. El día de la gala real, a la que asiste la Corte y la flor y nata de la sociedad británica, Sinatra cumple de la mejor manera del mundo su papel de maestro de ceremonias, presentando celebridades tan famosas como Eva Bartok, Van Johnson, Douglas Fairbanks, Danny Kaye, Curd Jurgens y Nicole Maurey, la estrella femenina de «Yo y el coronel».

En el momento en que los artistas son presentados a la reina, Frank estalla y dice en alta voz:

—¡He venido desde Los Angeles para hacer este trabajo, no para cassarme!

Más de uno de los 2.200 invitados se muestran indignados, pero la reina toma el partido de sonreír.

Al día siguiente, lady Beatty, que se había portado como si oyera ya sonar las campanas de boda, toma el avión de Suiza para consultar con su psiquiatra. No fue muy protocolaria, pero pronunciada en tales circunstancias, una sola frase había bastado para disipar el equívoco.

las cuatro castas de hollywood

El escritor Paul O'Neil ha dividido en cuatro clases la nueva jerarquía de Hollywood: los bebedores de café, el rebafío de ratones, los ecolocados y el Clan.

Los bebedores de café, según él, son los figurantes de los pequeños teatros, que llevan «blue-jeans», adoran a Marlon Brando y hablan del Actor's Studio en las cafeterías. Los ratones son los jóvenes actores que luchan, sin poder pagarse aún otros coches que los «Chevrolet».

Los «colocados» son los patrones de los estudios que tutean a los banqueros.

Por último, el Clan. Es el imperio reconstituido por Sinatra, en el curso de su «segunda carrera». Su origen es el grupo de las Ratas de Holmby Hills, cuyo «public-relations man» era Humphrey Bogart.

Se mide su potencia, sabiendo que una recepción no puede ser un éxito más que si el Clan participa. Entonces queda asegurada la presencia del «Todo Hollywood». Si un miembro del Clan rueda un film, no es raro ver a los otros compañeros de Sinatra hacer por lo menos una aparición por allí. Shirley McLaine es un descubrimiento del «Dago». Desde el momento en que se transformó en la egería de la banda, recibió las propuestas que han decidido su carrera.

un signo distintivo: el no conformismo

El Clan está fundado sobre la amistad que liga a sus miembros y la «francmasonería» que de ello resulta. Oficialmente, no se trata más que de un grupo de

inseparables que experimentan el placer de divertirse y de trabajar juntos. Su signo distintivo: el no conformismo. Es el elemento más dinámico de todos los Estados Unidos.

Sinatra ha hecho adoptar a sus «eleles» un vocabulario especial. Por ejemplo, los Ratas se llaman entre ellos Sam o bien Charley.

—Aí —explica su jefe— siempre hay alguien que responde a estos nombres. Hasta las chicas de la tribu se vuelven cuando se lanza un «Hep Charley».

Sinatra puede también llamar a una señora unas veces ratón, escarabajo, «twist» o tomate: este último término significa que se está maduro para el matrimonio.

Otro término que se considera como propiedad exclusiva del Clan es «broada», que para muchos norteamericanos significa algo así como «sinvergüenza», pero para Frankie es una palabra afectuosa. Nadie tiene derecho a emplearla en público sin autorización de «La Voz», so pena de recibir una severa corrección.

La palabra menos comprendida de ese extraño lenguaje es «clyde». Frank ha explicado la manera de emplearla al columnista Art Buehwald:

—Quiere decir todo lo que se quiera. Si deseo que alguien me dé la sal, le digo: «pásame el «clyde». Un verdadero «clyde» es un señor que se mantiene en pie detrás de una mesa de juego sin jugar. No forma cuerpo con la muchedumbre. Es un pobre tipo que se dejara enterrar vivo sin protestar.



«La Voz» saluda a la Reina. Parecía inminente su boda con Lady Beatty. Sin embargo, Sinatra aclaró: «Yo he venido a saludar a la Reina y no a que me casen».

Está también el empleo de las palabras «gas» y «gasistas». Un «gas» es una cita con una señora estupenda. Un «gasista» es el mejor aliado del mundo, un compañero con quien se ganan todas las partidas. Otra expresión muy propia del cantante es «buenas noches a todos». Si uno entra en una «boite» en compañía de alguna amigueta y alguien le pregunta acerca de su mujer, la persona en cuestión dice «buenas noches a todos», lo que equivale a «haz la vista gorda, Charley».

Sinatra, sin duda, ha tenido más de una ocasión de decirlo, pues incluso en los años en que estaba casado con Ava Gardner, acompañaba frecuentemente a actrices y estrellas.

un caballo de batalla contra la intolerancia

Dentro del Clan, el «Dago» ha lanzado el gran caballo de batalla que lleva en el corazón desde los principios de su carrera: la lucha contra la intolerancia, cuya forma más diabólica es, según él, el racismo. En la víspera de la boda de Sammy Davis con la actriz sueca May Britt, pronunció esta verdadera profesión de fe:

—Mis amigos, esparcidos por toda la tierra, son de todos los colores y todas las religiones. Los hay ricos y pobres. Unos son intelectuales y otros analfabetos. Para mí, la amistad borra las cuestiones de raza, de clase y de minoría. Como algunos de mis amigos son negros, se ha insinuado que tengo preferencia por la gente de color. La verdad es que no amo más a los negros que a los judíos, musulmanes o italianos, mis compatriotas. Un hombre se hace amigo mío si nos estimamos uno al otro y experimentamos la impresión de tener algo sólido en común. Sammy Davis es uno de los actores profesionales más dotados que existen en el mundo e igualmente uno de los que mejor han triunfado. Le conozco, íntimamente, desde que éramos niños. Seguiría siendo mi amigo aunque fuera el más humilde de los artesanos. Nuestro círculo agrupa muchas personas con estas ideas, como Judy Garland, Bob Wagner, Joey Bishop, Dean Martin, Montgomery Clift y mi querido Peter Lawford.

Sinatra ha dicho también que debía a más de un cantante negro parte de su inspiración. Los reyes del jazz, desde

Louis Armstrong hasta Duke Ellington, le han marcado. «Billie Holiday, a quien oí, por primera vez, en el Club de la calle 52, por los años 30, es ciertamente la artista que ha tenido más influencia sobre mí.» Gracias a ella, el chico de Hoboken descubrió la música, sin la cual confiesa que habría terminado sus días en Sing-Sing más bien que en Hollywood.

Esta cruzada contra los prejuicios raciales fue objeto de un cortometraje de diez minutos titulado «La casa en la que vivo». Esta película valió a Frankie una recompensa académica y sus beneficios, que han sido importantes, han sido destinados a obras para la juventud.

un código de lealtad

El Clan no tiene constitución escrita, naturalmente, pero el «Dago» exige de sus miembros el respeto a un código de lealtad. Más de uno de sus amigos ha incurrido, de vez en cuando, en la cólera del cantante por infracciones menores de esas reglas.

Ni siquiera se ha salvado de esto Sammy Davis. Con ocasión de una entrevista en la radio de Chicago, el cantante negro criticó el orgullo de Sinatra. Por esto fue «temporalmente considerado como un hombre muerto en el mundo del espectáculo». Es o no era en realidad más que una suspensión, un «arresto».

Sammy supo que había recuperado el favor del jefe cuando éste le sonrió y le dijo de pronto: «¿Dónde has estado todo este tiempo, Charley?»

La lealtad exige, a veces, sacrificios de «las Ratas». Una vez que estaba a punto de volar hacia Australia, donde todos los teatros estaban vendidos por anticipado, Frank anuló su viaje al saber en el último instante que su amigo Jimmy van Heusen no tenía plaza en el avión. Le reclamaron 150.000 dólares por daños y prejuicios y, finalmente, le condenaron a pagar la mitad.

En muchas ocasiones, los miembros del Clan tienen que hacer un esfuerzo en favor de uno o de otro. Una tarde en Nueva York, en el Waldorf, Danny Kaye, para salvar el espectáculo, reemplazó a Frank, que sufría hemorragias por la garganta. Imitó a Sinatra y fue un gran éxito.

Judy Garland estaba convaleciente en un hospital de Boston, cuando vio presentarse toda la pandilla: Frankie había fletado un avión para ir a verla con todos los amigos de la cantante.



Lady Beatty, una gran belleza de la aristocracia inglesa, ha sido uno de sus últimos «romances». En la foto la vemos con el agente de publicidad de Frankie.



Sinatra dirige a 52 profesores. Curioso: se trataba de la primera audición de una serie grabada por una casa de discos.

SINATRA

Sammy Davis perdió un ojo en un terrible accidente de automóvil y permaneció varios días entre la vida y la muerte. Frank pagó todos sus gastos de hospital y le llevó a su casa, en Palm Springs, para la convalecencia.

El actor Jack E. Leonard, enfermo desde hacía mucho tiempo, empezó a caer de recursos. Entonces recibió un sobre conteniendo un cheque en blanco y firmado de mano del «Dago».

un ídolo que quiere ser eminencia gris

Bajo la égida del «Dago», el Clan sabe transformarse, cuando llega la ocasión, de equipo amistoso, de logia de la amistad, en comando de choque, en órgano de combate. A Frank le gusta mucho que adopte las causas que ha defendido o intenta defender desde su infancia. Se le ha visto en primera línea de la lucha antirracista. Los rostros de varios de los miembros del Clan son, por sí solos, un desafío contra los prejuicios. Lo mismo pasa en la lucha contra el elefante republicano.

El chico de Hoboken aprendió de su madre sufragista a decir «votad a los demócratas», al mismo tiempo que las

primeras palabras elementales. Durante su adolescencia, pudo seguir a sus padres a las reuniones políticas. Muy pronto se lanzó él mismo a la arena, deseoso de desempeñar un papel en la vida nacional.

Los aplausos, el culto de los fanáticos le acarician agradablemente, pero se adivina en él el gusto por el poder oculto. El Sinatra de sus primeros tiempos aprende a hacerse un ídolo del público. La segunda manera de Sinatra gusta de actuar en la sombra para descansar de la luz de los proyectores y, para él, ser una eminencia gris es una especie de compensación a su personaje de hombre de multitudes.

Ya en tiempos de Franklin D. Roosevelt, fue invitado a la Casa Blanca. El Presidente no había olvidado que debía muchos votos a «La Voz». El cantante le había sostenido activamente en el curso de su campaña, no sólo participando en las reuniones, sino aun ofreciendo siete mil quinientos dólares para nutrir el presupuesto de los demócratas. Como militante integral, estaba incluso dispuesto a enredarse a puñetazos.

Y esto estuvo a punto de producirse en la noche de las elecciones. Frank hacía guardia en el Waldorf, en compañía de Orson Welles. En otra habitación, Westbrook Pegler, un editorialista neoyorquino que odiaba enormemente a Sinatra por la acción de éste en favor de Franklin, esperaba también los resultados. En cuanto se supo la mayoría aplas-

tante lograda por Roosevelt, el cantante se volvió hacia Orson Welles:

—Quisiera saber cómo le ha sentado la cosa al viejo Peg.

—Probablemente debe estar escribiendo su artículo necrológico —replicó el gigante.

—Voy a ver si nuestro adversario está hecho de un metal tan duro como su pluma.

Frank fue a llamar a la puerta de Pegler. Como éste no abrió, conminó al ocupante a salir y a medirse con él en combate singular. Pero el enemigo, bien atrincherado en su cuarto, se contentó con aguijonear al buen demócrata respondiendo con voz monocorde: «¡Aló, ¿es usted ese pequeño italiano de Hoboken que canta por la radio?»

En el colmo de la indignación, el militante volvió a su cuarto y se calmó tirando una silla por la ventana.

espectáculo monstruo para el cuñado

En 1960, lanza a todas las fuerzas del Clan en la batalla presidencial en favor de John Fitzgerald Kennedy.

El candidato no tiene como únicas ventajas a ojos de Sinatra las de ser demócrata, joven y no conformista. Un vínculo familiar acaba de sellar la alianza profunda con las Ratas del «Dago».

Pat Kennedy, hermana de J. F. K., es la mujer de Peter Lawford, el número 2 del Clan.

Al salir una tarde de la casa de los Kennedy en Palm Beach, Frank, que acaba de saber que el déficit de la campaña presidencial se eleva a un millón de dólares, dice a su amigo Peter:

—¿Se cómo ganar ese dinero. Vamos a dar una función de gala.

Mientras una tempestad de nieve paraliza a Washington, puede verse a Sinatra, en mangas de camisa, preparar su espectáculo y encender la chispa en el interior de su grupo con el número fetiche que anima los corazones, su querida «Vieja magia negra».

Será el espectáculo más extraordinario que Washington haya visto jamás. El reparto es deslumbrador. Todos los amigos han contestado al llamamiento; es una verdadera pléyde: Tony Curtis, Dean Martin, Harry Belafonte, Mahalia Jackson, Nat King Cole, Ella Fitzgerald, Frederick March, Sir Laurence Olivier... y no hay sólo los grandes «demócratas» del mundo del espectáculo: artistas considerados republicanos han venido por Frankie. Doce mil espectadores desafiando el mal tiempo se disputan las entradas, a precio de oro, y ese éxito monstruo proporciona más de un millón de dólares al partido demócrata.

¿un calavera, un filántropo?

En el curso de la función, una bailarina deslumbrante, con cabellos rojos y piernas maravillosas, ha sido particularmente aplaudida. Es Juliet Prowse, la estrella de «Can-Can», que hizo decir a Jruschov cuando éste visitó Hollywood: «Los ballets norteamericanos no valen, seguramente, tanto como los rusos, pero son menos malos de lo que creía.»

Desde que Frank vio a la joven, durante el rodaje de la película, ella se convirtió en su protegida. Es la que hace los honores en todas las fiestas que da el «Dago» en sus dominios. Para todos los observadores resulta lógico que el jefe del Clan tenga un hogar como todos sus miembros. Los Lawford tienen tres hijos; los Martin, siete; Shirley McLaine tiene una hija, y Frank es padrino del bebé de Sammy Davis y May Britt. Era muy tentador, evidentemente, ver a la bella bailarina originaria de Bombay como la futura señora Sinatra III, sin preocuparse mucho por la diferencia de edad: veinte años.

Pero los apostadores han perdido. La bomba del anuncio del compromiso entre Frankie y Juliet acaba apenas de estallar en el mundo, cuando los dos interesados hacen, de común acuerdo, esta declaración:

—Hemos decidido no casarnos.

Ultimamente la bailarina ha precisado:

—Mi mayor ambición es la de ser una excelente artista, preferiblemente del teatro. Y creo que es muy difícil ser buena esposa y buena madre siguiendo en el trabajo.

Así, no será mañana cuando Sinatra mostrará la imagen de un feliz padre de familia. A los cuarenta y cinco años sigue disponible para una nueva aventura romántica. Pero parece decidido a ser el hombre del Clan en vez del hombre de una mujer.

El antiguo chico de Hoboken, «La Voz», sigue aún en el candelero sentimental. Todas las mujeres del mundo están libres de ver en este soltero explosivo la gran estrella de las obras benéficas internacionales, el embajador de la «nueva» América, la eminencia gris de la Casa Blanca o, más simplemente, el más alegre calavera de nuestro tiempo... **FIN**

Copyright OPERA MUNDI

Derechos reservados para España por Agencia FIEL